

## LOS LIBROS

---

*No sólo de pan . . .* de VLADIMIR DUNDIZEV

¿SABE UD. LO QUE ES un libro apasionante? ¿Quiere Ud. conocer, sin viajar, el misterioso país que se llama Rusia? ¿Desea Ud. que se levante ante sus ojos la cortina de hierro? Una llave mágica, la que abre siempre todas las puertas cerradas, la del "espíritu", la llave de "la ciudad invisible", va a obrar para Ud., incrédulo de milagros, éste de hacerlo penetrar en el corazón mismo del actual pueblo ruso, de ese eterno pueblo ruso que inmortalizó Dostoiewski.

Es que en Vladimir Dundizev tenemos un nuevo joven émulo del maestro de maestros de la novela palpitante de vida. Ni divos, ni divas arrullándose; ni la cama de siempre a la vista; ni drogas y puñales con su héroe nefasto perseguido; ningún enigma amoroso o policial a descifrar. Sin embargo, ninguna novela fue nunca de mayor "suspenso". Es la historia, no de una mujer, sino de una máquina, desde que surge en la mente de su creador hasta que puede éste verla funcionar materialmente. Pero, a través de esta simple historia tan complicada, es toda la Rusia actual la que va revelándose con su tremendo problema de la libertad sofocada, y el otro humano problema que es el de todas partes: el del impedimento, del obstáculo, que la envidia, las rivalidades, le obligan a todo inventor, a todo creador, a descifrar y resolver dolorosamente a costa de una lucha continuada, sin cuartel, que le quita sus mejores fuerzas. En el caso de nuestro héroe, Lopatkin, aquella lucha es aún más ardua, porque es la lucha también contra el tiempo que corre y corre, y es preciso aprovechar el invento para el pronto beneficio colectivo, porque se están desperdiciando millones en pruebas de máquinas que son un bluff, cuando ésta suya es la buena y él lo sabe y también lo saben otros, pero . . . En este pero, va toda la historia. ¡Y qué historia! Uno no puede saltarse una

línea, todas tienen un valor psicológico, retratan a todo ese mundo soviético, en el que reconocemos fácilmente el mismo mundo nuestro, al fin. En el nuestro, bien mirado, la palabra libertad parece tener significado, pero es un significado que podría ser llevado al tribunal de la verdad y ser procesado como se lo merece. Aquí, en nuestros países libres, también se roban las ideas, los inventos; se les obstaculiza; tampoco se tiene demasiado el derecho a hablar claro: si no es un partido político, el que nos amarra, es el diario o la radio en que se trabaja, la opinión del cuerpo profesional o gremial al que pertenecemos, la opinión del jefe cualquiera, bajo cuyas órdenes comemos, el "comando" del grupo universitario, teatral, etc. En el país que ostenta a su entrada la Estatua de la Libertad, un Chaplin es proscrito y los negros tienen que habérselas con Klu-klux-klanés. Mas, si en todo esto nos hace pensar el libro de Dundizev, nos obliga sobre todo a meditar en aquella Igualdad que pensábamos conquistada en el país de los Soviets. ¡Igualdad! La sola descripción de ceremonias, con académicos, medallas, trajes especiales, protocolos observados con rigor... Es para reírse. Sacamos en limpio, al fin, que el hombre es el mismo en todas partes. Sin embargo, lo interesante de esta novela es, por el contrario, la confirmación renovada de que el hombre ruso no se parece a ningún otro del mundo. Es el que, por excelencia, "tiene alma". El más ateo, en las novelas de Dostoiewski ya lo veíamos, la tiene; es dominado por ella, no puede negarla: el ateo ruso es un ateo místico. El misticismo es la gran característica rusa. *No sólo de pan...*, desde su título es un libro preocupado del espíritu. La inteligencia, las más altas cualidades morales, las del heroísmo que lleva al sacrificio diario, paciente, son lo que queda realmente destacado en estas páginas, y con la mayor sencillez, sin fanfarrias. Asistimos a la diaria lucha de dos inventores, el uno joven y esperanzado, el otro viejo y sin ilusiones, pero que le sirve de sostén moral, de ejemplo de no aceptar la capitulación del espíritu, aunque de nada sirvan los sacrificios. Qué emocionante es verlos hacer el presupuesto de su pobre haber para calcular cuánto tiempo podrán seguir dándose el lujo de comer patatas, y cuando éste indica que el régimen es ya caro para ellos, los tenemos comprando la botella de aceite de hígado de bacalao... porque con pan negro tienen las calorías que necesitan para no morir de hambre. Los días de visita a algún alto personaje para proponer o defender el famoso "invento"; tenemos al valiente Lopatkin lustrándose las botas, cortando las hilachas de sus mangas desgastadas y planchándose el traje en aquella pieza de conventillo de la que el viejo Ustinowitsch le ha cedido la mitad. Qué amistad tan rusa, y de qué modo tan ruso nació en un encuentro cualquiera

en la calle: y, de inmediato, la necesidad de unión de las almas que se comprenden. Así, también, para esa Nadeja que no titubea en sacrificar su situación social envidiable de esposa de un alto jefe del gobierno, para rendir tributo de admiración, prestándole ayuda material y moral silenciosamente al "inventor". Novela de amor más delicada que ésta de la vida de una "burguesa" rusa —¿es acaso otra cosa, la mujer de Drosdow?—, no la conocemos. Lejos estamos de los largos besos y gestos audaces a los que nos ha acostumbrado la pantalla, amén de las novelas con sus descripciones realistas, que bien poco nos convencen del amor de esas parejas supuestamente apasionadas. Cómo ama, en cambio, cómo ama de verdad, Nadeja, haciéndose la colaboradora del pensamiento, de la voluntad obsedida por un invento, del hombre al que comprende y admira tanto como llega a despreciar al esposo: son ellos, la representación de dos tipos humanos, y especialmente dentro de la actual Rusia, opuestos: el uno, pobre, insobornable, absorto en su creación, ni hace caso de ella y tiene una casi novia a la que ama; el otro, queriéndola a su modo, trabajador infatigable, también, pero sabiendo que sirve una mala o errónea causa, sigue atado a su clan sin valentía para cambiar de rumbo o, por lo menos, para no hacerse cómplice de injusticias que afectan —y no lo ignora—, el invento de Lopatkin y de otros como él que siguen en la sombra la sorda lucha. ¿Llegará a construirse la máquina creada por Lopatkin? ¿Vencerá él contra tanta intriga con que se le tramita? ¿No perderá la paciencia, le quedarán fuerzas suficientes, después de derrota tras derrota, año tras año, en tanto va pasando la juventud y apremia el tiempo? Por un lado, el viejo inventor; por el otro, Nadeja, dándole su ayuda, junto a toda esa "Ciudad invisible", como él la llama, que trabaja "silenciosamente en la sombra", según Nietzsche decía de los verdaderos valores.

Terminada la lectura de *No sólo de pan...*, libro que apasionó a toda la juventud soviética, al aparecer en la revista "Novy Mir", nos preguntamos: ¿qué esconde, realmente, esa tan temida cortina de hierro? ¿Acaso una ciudad materialista que sólo pretende la conquista del pan? Dundizev nos transparenta, entonces, aquella cortina de hierro y surge la "Ciudad invisible", la que se extiende más allá de Rusia por el mundo entero, formada por individuos y no por carneros, que de veras tienen fe, esperanza, y caridad.